

PREFACIO A LA EDICION CASTELLANA

De la documentalidad a la documanidad

Maurizio Ferraris

Se ha dicho erróneamente que la propagación de la Covid-19 depende de la globalización. Evidentemente esto no es así porque la peste negra que azotó a Asia y Europa hace seiscientos años no tuvo necesidad de esperar a la globalización. Pero se podría afirmar acertadamente que la globalización —o más bien lo que queremos decir con este nombre hoy, pues esta no es más antigua que la Web— consiste en la posibilidad de difundir documentos de forma inmediata y por todo el mundo. Visto de manera más optimista, se podría señalar que gracias a la rapidez de la recolección y difusión de datos e investigaciones ha sido posible encontrar vacunas en menos de un año. Mientras buscábamos estas vacunas, e incluso ahora, mientras todos esperamos el fin de la pandemia —que aún es solo posible y que espero que sea real para cuando ustedes lean estas líneas—, todos hemos pasado miles de horas creando documentos en la Web por motivos sociales, educativos —formación a distancia— y laborales —el llamado *smart working*—.

Como resultado, es probable que se hayan producido más documentos en este año de pandemia que en toda la historia anterior. Si alguna vez hubiera sido necesario demostrar la importancia de los documentos en la formación de la realidad social, la situación que se ha presentado habría sido más elocuente que nunca. Un pensamiento ingenuo de documentalidad, es decir, ese pensamiento que todos más o menos tenemos en algún lugar de la conciencia o del inconsciente, sería que lo último que importa en una pandemia son los documentos. Cuando se trata de cuestiones de vida o muerte, el papeleo puede esperar, sin mencionar las colas en las oficinas para recuperar documentos, que se transformarían en brotes del virus. Pero, por supuesto, esta visión ingenua es negada por la experiencia que todos hemos tenido, según la cual en una pandemia se puede renunciar a todo lo que pertenece a la vida social «presencialmente», desde caminar por la calle hasta llegar a una oficina, desde tomar un aperitivo hasta perder un tren. Ahora bien, lo único a lo que no podemos renunciar es a producir documentos, los cuales en esta circunstancia pueden reemplazar por completo las demás funciones de la vida social.

Al escribir esto no quiero decir en lo más mínimo que esto esté bien o que no esté abierto a mejoras. Es evidente que hay muchos aspectos de la vida social, tradicionalmente caracterizados por la presencia corporal, que son penalizados por el distanciamiento social. Pero

hemos descubierto que hay muchos otros aspectos que pueden ser reemplazados de manera segura por una extensión tecnológicamente mejorada de la documentalidad. Por supuesto, habría sido preferible aprender esta lección sin la experiencia de la emergencia sanitaria. Probablemente habríamos tardado muchos más años, pero no hay duda de que, al obligarnos a abandonar hábitos consolidados en los que ya no reflexionábamos, el virus ha cumplido la función de acelerar y amplificar un proceso en marcha que en el momento en el que fue publicado *Documentalidad*, en 2009, estaba dando sus primeros pasos y que ahora se ha desarrollado con mucha mayor claridad.

Infoesfera

Este proceso no habría tenido lugar sin la innovación tecnológica que trae consigo lo digital. Esta innovación no consiste en un aumento de la infoesfera, como se suele repetir engañosamente cuando se usan las siglas TIC (Tecnologías de la Información y la Comunicación) para referirse a estas tecnologías. Concebir la Web como una infoesfera es mirar la punta del iceberg y confundirla con Wikipedia y, sobre todo, con una escrita en un idioma que conocemos.

Desde el punto de vista antropológico, reducir la Web a la infoesfera es concebir una imagen del ser humano como deseoso por el conocimiento, mientras que sabemos bien que no es así porque los humanos acceden a la Web para fines heterogéneos y solo minoritariamente para adquirir conocimientos. Por supuesto, puede ocurrir —teniendo en cuenta el momento particular en el que nos encontramos— que busquemos información sobre vacunas, sobre normas de confinamiento, sobre farmacias abiertas. Pero la mayor parte del tiempo nuestra relación con la Web es una búsqueda de entretenimiento, una disputa más o menos ritualizada con otros interlocutores en las redes sociales, una celebración de nuestra vida y nuestros supuestos éxitos o méritos. Esto significa que la dimensión performativa —es decir, la aspiración de producir objetos sociales, no de dar o recibir información— prevalece con creces sobre la dimensión comunicativa e informativa.

Desde el punto de vista económico, implica no darse cuenta del cambio radical que esta transformación ha provocado en nuestra relación con la tecnología. En el caso de una tecnología de la comunicación, como el teléfono clásico, el usuario pagaba por un servicio (y generalmente pagaba demasiado, ya que muchas veces se trataba de monopolios) y, una vez recibido, la cosa acababa allí. La compañía telefónica recogía las ganancias e intentaba reinvertirlas para rentabilizarlas. En el caso de una tecnología de registro, como el teléfono móvil, cuando hago una llamada telefónica gratuita, o una búsqueda gratuita, esto es solo el comienzo de un gigantesco proceso de capitalización por parte de la plataforma, la cual registra mis datos (mucho más numerosos que los datos de la información que recibo, ya que son metadatos: la hora, el día, la ubicación de la búsqueda, quién soy, etc.) y se convierte en propietaria de estos al crear una acumulación primaria; los compara con miles de millones de datos de otros usuarios, teniendo las herramientas tecnológicas y conceptuales para hacerlo; los transforma

en perfiles que puede utilizar con fines de automatización o distribución, o los puede vender para obtener beneficios mucho mayores que cualquier inversión en la bolsa de valores. Esto es posible sencillamente, no lo olvidemos, porque los ha adquirido de forma gratuita.

Desde el punto de vista tecnológico, implica no entender que el carácter decisivo de la Web consiste precisamente en haber dejado atrás las viejas tecnologías de la información y la comunicación para acceder a un ámbito nuevo, a saber, aquel verdaderamente revolucionario del registro y la producción. La Web es interesante precisamente porque su objetivo es registrar más que dedicarse meramente a comunicar o a informar. Este registro es la base de la producción de algoritmos y archivos que permiten la automatización de la producción a través de la mimesis de formas de vida humana registradas en la Web; el perfeccionamiento de la distribución a través del conocimiento analítico de nuestras necesidades y comportamientos, y la elaboración de perfiles de la realidad social reconociendo las correlaciones entre consumo, inclinaciones políticas, predilecciones y predisposiciones de diversa índole que, según puede verse, no conciernen a los individuos, cognitivamente poco interesantes, sino a los tipos ideales.

Docuesfera

Lamentarse de la posverdad y las noticias falsas (*fake news*) es correcto, pero insuficiente. Necesitamos mirar más profundo. No es de extrañar que la Web produzca un poco de información y muchísima desinformación, al igual que la Biblioteca de Babel de Borges. Su propósito, en efecto, no es principalmente producir documentos, sino registrar actos. Lo que ha sucedido con la Web no ha sido la realización del sueño ingenuo de una inteligencia colectiva, sino la explosión de la docuesfera: el incremento de documentos que hemos presenciado en los últimos años (los *big data* no son más que *big documents*) ha experimentado un aumento adicional durante la pandemia. Esta explosión de documentalidad ha satisfecho y, al mismo tiempo, revelado con plena evidencia la característica constitutiva del mundo social, es decir, el hecho de que los objetos sociales sean el resultado de actos sociales que deben ser registrados en algún soporte. El principio teórico ha desplegado todo su poder tras una transformación técnica, a saber, el hecho de que registrar nunca haya sido tan fácil y, en efecto, inevitable como lo es hoy.

Tradicionalmente, el registro requería compromiso, esfuerzo y costos financieros. Esto significa que la mayoría de los actos realizados por la humanidad antes del giro tecnológico, que culminó con la Web, no han dejado huella. Situación que se hace aún más evidente si nos fijamos en el sinfín de cosas del pasado en las que el registro de actos sociales no se confiaba a la escritura, sino que se depositaba en ritos de los que se ha perdido la memoria. Si lo digital ha cambiado tan profundamente esta situación, se debe a una característica técnica mínima y aparentemente irrelevante. En lo analógico tiene lugar primero la comunicación y luego, posiblemente (y esta es una posibilidad muy rara, porque no se sigue necesariamente), el registro, que suele depender de un aparato técnico distinto del antepuesto para la comuni-

cación: nos comunicamos con la boca, pero registramos con la mano ayudados por papel y bolígrafo. Antes sucedía que, si se quería registrar una llamada telefónica o una transmisión de radio, se tenía que disponer para ello de un aparato registrador. Desde que lo digital ha invadido nuestras vidas, nos hemos olvidado de aquellos objetos con casetes o cintas que invadieron la infancia y juventud de los de mi generación. Y esto no es así porque el registro haya perdido interés por algún milagro social, sino porque la característica fundamental de lo digital consiste en que toda la información, para poder ser comunicada, debe estar previamente codificada y, por tanto, registrada.

Y así, el aparato que por excelencia expresaba la comunicación, el teléfono, se ha transformado en un archivo que contiene toda la realidad social. Asimismo, la radio y la televisión, que en el siglo xx fueron el ámbito de lo efímero, de lo transitorio, de las palabras habladas y olvidadas, se han transformado en un enorme depósito de objetos sociales multiplicado por esas nuevas herramientas para la producción de la realidad social que son las redes sociales. De este modo, la frase de Andy Wahrol, según la cual algún día todos seríamos famosos durante 15 minutos, se ha cumplido a ultranza, pero de una manera paradójica y no demasiado deseada: en el mundo de la documentalidad generalizada —que hoy llamo «documedialidad»¹— el poder y la omnipresencia del registro significa que todos somos potencialmente infames para la eternidad. No hay frase desafortunada o imagen inapropiada que no pueda perseguirnos en algún sitio Web y que en realidad es tan amplia como el mundo, pues llega hasta el último Thule y hasta el último día. Tanto es así que es precisamente en esta sociedad hiperdocumentada donde surge el problema, que en otros tiempos era inconcebible, del derecho al olvido.

Biosfera

También hay otra profecía de base 15, la de John Maynard Keynes, que se hizo realidad de una manera paradójica. En la conferencia impartida en Madrid en 1930, *Perspectivas económicas para nuestros nietos*, Keynes sostenía que dentro de un siglo la automatización haría que 15 horas de trabajo semanal sean suficientes, y que había que pensar en cómo ocupar esa enorme cantidad de tiempo libre. Noventa años después, la profecía se ha cumplido de manera singular: hay muchas personas que no trabajan en nada, ya que la automatización los ha dejado en paro, pero estas mismas personas están ocupadas quince horas al día frente al ordenador, donde producen valor. Esto es lo que Keynes no podría haber previsto y que, si se analiza sin caer en una fácil victimización, puede ser la base de una política innovadora que sepa reconocer el carácter indispensable de lo humano en la producción de la riqueza. Una centralidad que, paradójicamente, se hace patente precisamente en un momento en el que la automatización relega cada vez más al *homo faber* al trastero donde se guardan las herramientas que no se usan.

¹ Para un desarrollo sobre el tema véase Maurizio Ferraris, *Metafísica de la Web*, Dykinson, Madrid, 2020.

¿De dónde viene esa sensación de exceso de empleo incluso cuando no estamos trabajando o cuando estamos desempleados? Del hecho de que hayamos pasado del trabajo a la movilización, es decir, a una actividad constante que también involucra a niños y jubilados, y que ya no solo marca la diferencia entre tiempo de trabajo y tiempo de vida, sino que sobre todo es capaz de transformar en producción de valor incluso actividades que no tenían ninguna intención productiva, y que aparecen más bien como actividades de recreación, entretenimiento y consumo. Estas actividades, sin embargo, se encuentran en la base del proceso de capitalización operado por las plataformas, por lo que son, en su aparente inutilidad económica, la máxima fuente de valor que se puede imaginar, precisamente porque permiten crear perfiles, automatizar y capitalizar, es decir, permiten realizar algo que ninguna fábrica de Metrópolis o de *Tiempos modernos* hubiera permitido. Lo llevan a cabo porque aseguran que el ser humano puede ser reemplazado por máquinas que no mueren, no se cansan, no se rebelan, no tienen derechos ni se jubilan.

¿Deberíamos concluir que el ser humano ahora es inútil? Hacerlo sería un error capital. En el momento en el que lo humano ya no es el apéndice de un aparato técnico que ahora puede prescindir de su participación —que implica cansancio y aburrimiento—, lo humano no desaparece del horizonte económico, sino que se manifiesta en su función esencial, la cual ninguna máquina podrá jamás reemplazar. Su trabajo se convierte en el trabajo del espíritu, que no es componer versos ni concebir doctrinas sublimes (esto también se puede hacer, pero no todos pueden hacerlo ni todo el día), sino que consiste en consumir bajo la presión de las necesidades orgánicas y su metamorfosis social, en manifestar intereses, deseos, incluso locuras y rivalidades, en definitiva, la enorme variedad de la forma de vida humana que permanece absolutamente impermeable e incomprensible para una máquina, y en desplegar así la esfera de la biosfera, que constituye la razón de ser de la docuesfera (no habría actos si no hubiera organismos vivos insertados en un contexto social), y de la infoesfera, es decir, la punta del iceberg que, sin embargo, es algo accesible para unos pocos, para aquellos que poseen los medios de registro e interpretación, es decir, las plataformas.

En todo esto, nótese, no hay victimización ni resignación, porque si la humanidad es capaz de tomar conciencia de que la docuesfera y la infoesfera no van a ningún lado sin el aporte de la biosfera, entonces tendremos la posibilidad de renegociar el intercambio —que en la actualidad es profundamente injusto— entre usuarios y plataformas. Para ello, sin embargo, es necesaria una comprensión teórica cuyo punto de partida, según me parece, debe buscarse en el reconocimiento de la función central de los documentos en la construcción de la realidad social, y cuyo punto de llegada sería un *Webfare*, es decir, un bienestar (*welfare*) producido mediante la redistribución del plusvalor que generan los usuarios a través de su movilización en la Web. Un reconocimiento que, a su vez, requiere que hayamos llegado a la claridad sobre el hecho, banal y al mismo tiempo crucial, de que se puede concebir fácilmente una humanidad sin Web (la mitad de mi vida la he pasado en esta condición, y también fue así para miles de generaciones que me han precedido), pero la Web no puede concebirse sin humanidad.

Documanidad

La bondad de una teoría se mide en el tiempo, y no me cabe duda de que trece años, o diecisiete, si tenemos en cuenta que la primera formulación de las tesis enunciadas en *Documentalidad* tuvo lugar en *¿Dónde estás? La ontología del teléfono móvil*², es un tramo corto de tiempo, aunque no muy corto si tenemos en cuenta todas las grandes transformaciones que han caracterizado el inicio de este siglo. Un ejemplo de cuán grande ha sido el cambio lo ofrece mi libro sobre el teléfono móvil en cuya solapa rezaba: «Profecía fácil: todos estos papeles [todos los documentos] terminarán centralizándose en el teléfono móvil, que los absorberá a todos. Increíble pero cierto: hay más cosas en el teléfono móvil que las que sueñan nuestras filosofías».

Pero en aquel momento, en 2005, y según las inclinaciones del autor o sus intereses predominantes, fácilmente se podría haber llegado a conclusiones diametralmente opuestas. Se podía concluir, por ejemplo, como le sucedió a un buen pero desacertado colega, que en su libro publicado unos meses antes que el mío³, se expresaba con estas palabras: «Todavía no nos hemos dado cuenta, pero el teléfono móvil está empezando a ser parte del pasado. El teléfono móvil, el objeto que ha cambiado estilos de vida y comportamientos, ha acabado convirtiéndose en la banda sonora habitual de la modernidad cotidiana. El teléfono móvil, antiguo símbolo de estatus, se ha convertido en un objeto con una presencia superflua: en la prensa, en el cine, en los cómics, en la publicidad. Y como ocurre con cualquier herramienta de comunicación, cuando todas las personas hablan de ella, ha alcanzado la cima del éxito. No puede ir más lejos. Por eso el autor siente que ha comenzado su fase menguante».

Dado que mi colega menos afortunado y yo no somos adivinos, sino investigadores, extraigo de su predicción sensacionalmente errónea no razones de orgullo inútil, sino confirmaciones sobre la validez de la teoría plenamente desarrollada en *Documentalidad* y que he intentado desarrollar en los años sucesivos sus implicaciones políticas, económicas y antropológicas, y que han sido expuestas en *Documanidad*⁴, un libro que ha sido publicado en marzo de 2021 y que constituye la culminación de una investigación que, de principio a fin, me ha mantenido ocupado durante exactamente veinte años: un día de 2001, mientras caminábamos por el paseo marítimo de Siracusa, Jacques Derrida me hizo notar la importancia filosófica de lo que en ese momento yo consideraba, como la mayoría de la humanidad, meramente un símbolo de estatus grosero e intrusivo. Entre las infinitas razones de gratitud que tengo hacia un gran maestro y amigo, esta ciertamente no es una de las menos importantes, y me llena de alegría poder cerrar este prefacio con su nombre y su memoria.

Turín, marzo de 2022

² Maurizio Ferraris, *Dove sei? Ontologia del telefonino*, Milano, Bompiani, 2005.

³ G. Marrone, *C'era una volta il telefonino*, Bari, Meltemi, 2004.

⁴ Maurizio Ferraris, *Documanità. Filosofia del mondo nuovo*, Roma-Bari, Laterza, 2021.

Prólogo a la edición castellana

Maximiliano Hernández Marcos

Para el público de habla hispana es, sin duda, motivo de celebración que aparezca por fin en castellano, más de una década después de que viera su primera luz en italiano en 2009, este libro de Maurizio Ferraris, *Documentalidad*, quizás su obra magna hasta la fecha y, desde luego, su contribución más personal al movimiento filosófico del «nuevo realismo» de comienzos del siglo XXI. El lector tiene ante sí un texto de verdadera talla intelectual y entidad filosófica, como puede comprobarse ya por su extensión (en torno a 400 páginas), que excede con mucho a la que el filósofo turinés nos tiene acostumbrados en escritos de intervención ocasional en el presente de reciente publicación en España (sobre la posverdad, la imbecilidad, la Web o la movilización laboral); pero también por su planteamiento y la estructura misma del libro, que se presenta como un genuino tratado a la antigua usanza, más que como un ensayo sobre cuestiones concretas de actualidad, y precisamente como un tratado general de ontología social, con un orden claro de fundamentación, dinamizado por la discusión argumentativa constante con las principales posiciones teóricas rivales o alternativas, y escrito, sin embargo, con un estilo expositivo directo y elocuente a fuerza de hilvanar la reflexión con ejemplos, abundantes y variados, de la vida cotidiana, lo cual facilita y agiliza con frecuencia la lectura. Aunque un Prólogo, breve y comedido, como debe ser este, no puede aspirar a decir —ni lo pretende— la verdad de todo el libro (¡Hegel *dixit!*), ni tampoco a desentrañar analíticamente su clave de comprensión o algunos de sus vericuetos (para ello están los artículos y monografías de los estudiosos), sí es, en cambio, tarea suya, más aún ante un acontecimiento filosófico-cultural como el que *Documentalidad* representa, anunciarlo o pregonarlo, de algún modo avisar sobre él (pues esto es pro-logar: un decir previo que sitúa u orienta de antemano con respecto a algo), poniendo al lector sobre la pista de su lugar o significado histórico, es decir, del juego (o uno de ellos) de fuerzas o estrategias filosóficas y conceptuales, y sus desplazamientos, que lo entretejen y el modo en que lo hacen.

Como tratado filosófico que aspira a elaborar una teoría documental de la sociedad, la obra comienza estableciendo sus fundamentos preliminares. Las dos primeras partes están dedicadas a sentar las piezas básicas de una *ontología general del mundo* como marco de referencia que permita delinear con coherencia y rigor la figura y rasgos propios de la ontología social. De este modo, el filósofo italiano procede, por un lado, a clasificar lo que hay en el mundo